

CANTO XXXI.

El caballero negro derriba á Ricardeto. — Combate entre Reinaldo y el caballero negro. Los guerreros de Claromonte reconocen á Guidon el Salvaje, y todos juntos se dirigen á Paris, donde encuentran á Flordelis hablando con los hijos de Oliveros. — Reinaldo embiste á los sarracenos. — Topa Flordelis con Brandimarte, y marcha con él en busca de Orlando. — Cae Brandimarte en poder de Rodomonte. — Dirigese Agramante á Arles. — Disputas entre Gradaso y Reinaldo por ser dueños de Bayardo.

¿Qué suerte mas feliz, mas deleitosa
Fuera que la de un pecho enamorado?

¿Cuál mas plácido estado
Hallar, qué esclavitud tan venturosa,
Si á turbar sus dulzuras en martirio
No vinieran las cuitas, los recelos,
La inquietud, el delirio
Y el atroz frenesí que llaman Zelos?

De este acibar natura, sin embargo,
Vierte de tiempo en tiempo algunas gotas
En la copa de amor. Su dejo amargo
A las dulzuras del amor añade
Delicias nuevas, hasta entonces ignotas.
Causa es la sed que el agua nos agrade;
Del mas simple manjar, uno exquisito
Hace largo apetito,
Y apreciar de la paz no sabe el goce
Quien la guerra y sus males no conoce.

Separado de aquel por quien suspira,
El corazon lo aguarda con paciencia.
Cuanto mas larga y triste fué la ausencia,
Tanto es mayor, cuando llegar le mira,
Su dicha y su placer. No sufre en vano
Quien sufre con firmeza y esperanza;

Que el verdadero amor, tarde ó temprano,
La suspirada recompensa alcanza.
Los recuerdos de la ira y los desdenes
Que en otro tiempo con pesar sufrimos,
Frutos nos hacen recoger opimos
De dulce afan en los sabrosos bienes.
Mas si sucede que la horrenda peste
De los zelos infeste
Un alma tierna, ¡á Dios desde aquel dia
Su ventura, su paz y su alegría!

Esta es la cruda emponzoñada llaga
Cuyo ardor no hay remedio que corrija;
Ni signos cabalísticos, ni de astro,
Benigno ó no, la observacion prolja,
Ni de la ciencia maga
Cuantos secretos descubrió Zoroastro:
¡Llaga incurable que al sepulcro guia
Tras larga, atroz é inútil agonía!
¡Monstruo feroz que en todo pecho amante
Con razon ó sin ella
Profunda imprime destructora huella!
¡Pasion que muda al hombre hasta el semblante,
Que su razon, su entendimiento ofusca;
Tósigo, en fin, que con violencia brusca
Agita el corazon de Bradamante!

De ella mas tarde os hablaré, que quiero
Del viaje de Reinaldo hablar primero.

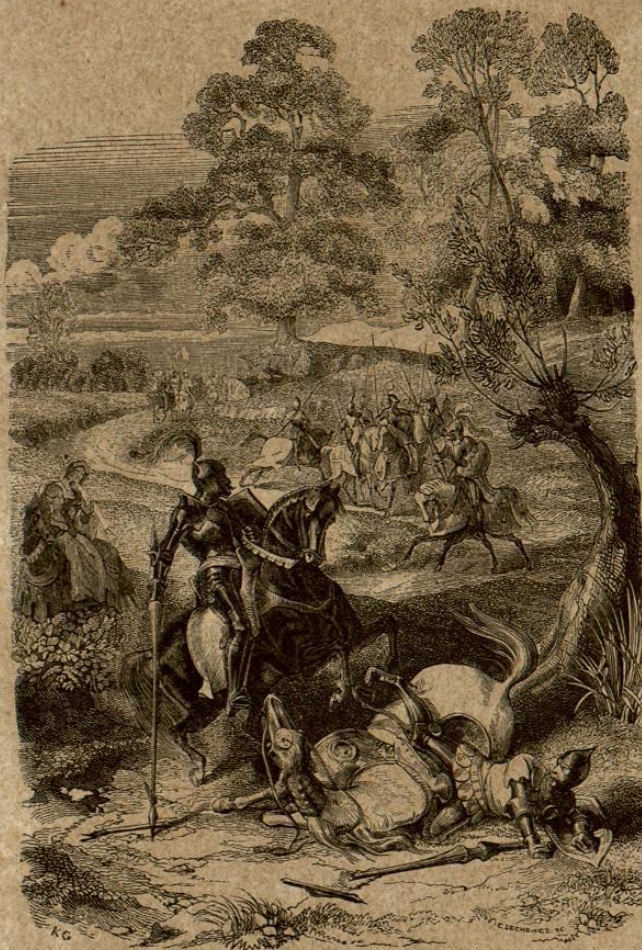
Hácia la tarde del siguiente dia,
Mientras que al frente de los suyos anda,
Encuentra un caballero
Que á una doncella á su costado guia;
De su escudo y su rota blanca banda
Alegra solo la color infanda.

Al ver que francos son, aquel guerrero
Al primero que advierte desafia.
Acepta Ricardeto este combate;
Y por tomar carrera
Su corcel revolviendo, el acicate

En el ijar le clava. Circundado
De los suyos, Reinaldo considera
Esta lid, de que espera
Ricardeto un glorioso resultado.

Tal empero no fué; que en la visera
Con tal furia le alcanza
El bravo paladin desconocido,
Que del arzon le saca, y sin sentido
A largo trecho del corcel lo lanza.
Alardo, sin tardanza,
Acude por vengarlo; mas bien presto
Cual él descende del arzon; ; tan rudo
El golpe fué, que le partió el escudo!

De esta batalla el éxito funesto
Ugarte al ver, dispuesto
Se avanza á combatir. En vano grita
Reinaldo: « Mis derechos
« Quien acometa aquesa lid me quita; »
Sin darle tiempo á que ate
De su yelmo las cintas, al combate
Ugarte con furor se precipita.
Mas de los otros el fatal destino
Siguió, y al suelo derrotado vino.
Viviano y Mangis quieren y Reinaldo
Todos venir al punto á la palestra;
Mas armado se muestra
En este tiempo el paladin gallardo,
Que á sus litigios pone fin diciendo:
« Tiempo es ya de acabar esta querella
« Y hácia Paris de dirigir la huella;
« Que largo é inoportuno
« Fuera aguardar que os venza uno por uno. »
Así dice; mas dicelo en su mente;
Que estas palabras fueran una injuria,
Dichas en alta voz. Incontinentemente
Campo tomando cada combatiente,
Se vienen á atacar con igual furia.
Las lanzas, cual de vidrio, hechas astillas



Ricardeto derribado por el caballero negro. (T. II, p. 158.)

Saltaron; mas el choque
No conmueve á los héroes en sus sillas,
Bien que de ambos corceles
Se doblan á su impulso las rodillas.
Ambos caen : lijero
Bayardo se alza, y rápida carrera
Vuelve á emprender. Al levantarse, empero,
Un golpe da tan fiero
Al contrario bridon, que con el brazo
Lo espaldilla y le rompe el espinazo.
Los estribos soltándose, en seguida
En pié quedó el incógnito, y sin vida
Mirando á su corcel, de Amon al hijo,
A quien sin armas ve: « Guerrero, » dijo,
« Menester es advierto
« Que aquí satisfaccion yo te demande.
« El caballo me has muerto
« Por quien fué siempre mi cariño grande;
« Y de su muerte á recabar venganza
« El honor me estimula sin tardanza.
— « Si tal es la razon, » Reinaldo dice,
« Que provoca ese nuevo desafio,
« Yo, en vez de ese infelice
« Que muerto yace, te daré uno mio. »
— « Te engañas, » él replica, « si supones
« Que esa es la sola causa que me aliente
« A llamarte á la lid. Otras razones
« Tengo que, pues á comprender te opones,
« A explicarte aquí voy mas claramente.
« Quiero decir que en nada
« Toda esta lucha estimo, si no pruebo
« En un combate nuevo
« El valor y la fuerza de tu espada.
« Quédate en él ó del caballo baja,
« Que á caballo y á pié te desafio;
« Y de tal modo en su éxito confio,
« Que á darte accedo en él toda ventaja. »
En replicar no tarda

Reinaldo, y dice : « La batalla ansio ;
 « Y por si acaso el miedo te acobarda
 « De ver tanto guerrero en torno mio ,
 « Decirles quiero que adelante pasen.
 « De ellos tan solo un escudero elijo
 « Que me tenga el corcel. » Aquesto dijo ,
 Y á sus gentes mandó que se alejasen.

Estupefacto deja al extranjero
 Con su nobleza el paladin gallardo ,
 Que , á tierra descendiendo , de Bayardo
 Da las riendas á su único escudero.
 Ya de su gente nota
 El estandarte , que á lo léjos flota ,
 Cuando embraza el broquel , saca el acero
 Y provoca á la lid al caballero.

Batalla igual jamas se vió. Ninguno
 Piensa que el otro á su ímpetu contraste ;
 Con furia igual su espada entrambos vibran ;
 Mas , al ver que sus fuerzas se equilibran ,
 Su orgullo y su furor dejan aparte ,
 El triunfo solo encomendando al arte.
 Chapas quebrando y mallas destruyendo ,
 Pedazos de sus sólidos escudos
 Hacen sus golpes crudos
 Léjos saltar con estampido horrendo.
 Mas que á herir , á parar con arte extraño
 Trabaja cada cual , bien persuadido
 De que el menor descuido
 Causarle puede irreparable daño.

Mas de hora y media dura el fiero asalto ;
 Y el sol , que oculta ya sus luces bellas ,
 Deja á la noche su cendal de estrellas
 De los cielos tender por el cobalto.
 Sin reposo ni tregua de un momento
 Luchan los héroes , cuyo ardor inspira
 Ansia de honor , no ira ,
 Rencor ó personal resentimiento.

De Amon el hijo á discurrir se pone

Quien pueda ser el paladin tan fuerte
 Que no tan solo á su ímpetu se opone ,
 Sino que le amenaza con la muerte.
 La fatiga , el sudor , su furia acalla :
 A dudar ya del éxito comienza ,
 Y gustoso cesara la batalla
 Si no se lo estorbara la vergüenza.

Por su parte el incógnito , que ignora
 Que aquel contra quien mueve
 Por motivo tan leve
 Las armas , es el inclito guerrero
 De quien la fama llena el orbe entero ,
 De su espada notando la excelencia ,
 Siente haber emprendido ,
 Por vengar su corcel , esta pendencia.

La noche tan oscura
 Hácese , en fin , que en vano
 Cada guerrero , con osada mano ,
 Ora guardarse , ora embestir procura.
 Mas en esto , tomando la palabra ,
 Dice Reinaldo á su rival : « Ya es hora
 « De suspender la lid , hasta que Aurora
 « Las áureas puertas de su alcázar abra.
 « Entretanto conmigo
 « Ven sin recelo hasta mi tienda , en donde
 « Mi poder te responde
 « Que obsequiado serás cual un amigo. »

Así dice el de Amon á su adversario.
 En aceptar su invitacion aqueste
 No tarda , y con él parte
 A unirse al estandarte
 En torno al cual velando está su hueste.
 Reinaldo un su caballo
 Para la guerra de sin par valía
 Tomando en este tiempo de su escudero ,
 Lo entrega al caballero
 Que acaba de mostrar tal valentía.
 Mientra á su tienda el paso

Dirigen, el que incógnito la lucha
 Sostuvo el nombre de Reinaldo escucha,
 Que este, hablando con él, pronuncia acaso.
 A su hermano bien pronto reconoce,
 Y tiernas vierte lágrimas de goce.

Guidon es el salvaje
 Aqueste paladin, que, cual os dije,
 Con Marfisa, los hijos de Oliveros
 Y Sansoneto, tras molesto viaje,
 Al sitio se dirige
 Do Pinabelo astuto,
 Su camino estorbándole que siga,
 A defender le obliga
 Largo tiempo su bárbaro estatuto.

En su rival Guidon reconociendo
 Al buen Reinaldo, al jóven estupendo
 Por cuya vista ansia,
 Cual un ciego por ver la luz del dia:
 « Señor y hermano, » alborozado dice,
 « ¿ Por qué acaso felice
 « A esgrimir vine contra tí mi acero,
 « Contra tí, á quien estimo, amo y venero?
 « Del mar Euxino en la remota orilla
 « Constanza dióme el sér. Guidon me llamo:
 « Cual tú, nací de la inclita semilla
 « Del generoso Amon. Vivo deseo
 « De verte me condujo á este paraje;
 « Y, en vez de obsequios, veo
 « Que he venido tan solo á hacerte ultraje.
 « Mas excusa, por Dios, mi error funesto,
 « Pues ni á tí ni á tu gente he conocido.
 « Por repararlo á todo estoy dispuesto,
 « Manda, que solo obedecerte pido. »

Luego que varias veces
 Los dos con efusion se han abrazado,
 Dice Reinaldo: « Inquieto y angustiado,
 « Y á fe que sin razon, estar pareces.
 « El valor que mostraste en la batalla



Flordelis en conversacion con los hijos de Oliveros. (T. II, p. 163.)

« De que te excusas, sin dudar me muestra
« Que de la estirpe nuestra
« Eres vástago digno.
« Si de flaqueza un signo
« Viera en tí, lo dudara ; pues proclamo
« Que ni el águila engendra á la paloma,
« Ni nace del leon tímido gamo. »

Sin detener su marcha razonando,
Y sin cesar sus pláticas marchando,
Los dos hermanos en llegar no tardan
Al sitio do sus gentes los aguardan.

No bien el nombre del valiente mozo
El buen Reinaldo conocer les deja,
Ellos, llenos de gozo,
Dicen que á Amon, su padre, se asemeja.
No hablaré del placer con que le acogen
Alardo, Ricardeto,

Sus otros dos hermanos, sus tres primos
Mangis, Viviano y Aldeguer. Mi objeto
Es decir finalmente

Qué gozo cada cual al verlo siente.
En todo tiempo á sus hermanos caro
Guidon, con mas motivo
Debe serlo hoy que han menester su amparo.

Del sol siguiente apenas el rayo vivo
Viene á alumbrar el orbe, al estandarte
De su familia uniéndose, se parte.
Tanto y tanto anduvieron, que á diez millas
De la asediada capital llegaron
Al tercer sol. Del Sena á las orillas,
Por dicha suya, hallaron
A Aquilante y Grifon, bravos guerreros
Nacidos de Gismunda y de Oliveros.

Hablando está con ellos noble dama,
De cuya blanca túnica recama
La falda en derredor una áurea lista.
Jóven parece y bella,
Bien que acerbo dolor su faz contrista.

La expresion de su gesto y su semblante
Muestra que habla de cosa interesante.

Guidon, que no hace mucho que los vido,
A Aquilante y Grifon conoce al punto,
Y, por ellos tambien reconocido,
Dice á Reinaldo: « A nuestro esfuerzo junto
« El de esos dos, que á pocos van en zaga,
« Grave peligro al musulman amaga. »

— « De su presencia yo tambien me alegro, »
Le replica Reinaldo, que á su usanza
De vestir elegantes,
Uno todo de blanco, otro de negro,
Reconoce á estos héroes sin tardanza.
Ellos tambien conócenlo al momento,
Y, á Guidon y á los otros saludando,
Al buen Reinaldo abrazan, olvidando
El antiguo y fatal resentimiento
Que de entre ellos (largo de narrar seria)
Por Trufaldin originóse un dia.

Volviéndose en seguida á Sansoneto,
Que un instante en llegar tardado habia,
Le acoge el paladin con el respeto
Que merece su esfuerzo y bizarría.

Al acercarse á él la bella dama,
Que al héroe y á su noble comitiva
Reconoce tambien, « Señor, » exclama,
« Una nueva aflictiva
« A darte voy. Sin juicio
« Va por el mundo en este instante errando
« El defensor del solio pontificio,
« De Cárlos el sosten, tu primo Orlando.
« De este furor insólito, imprevisto,
« Cual es la causa yo no sé. Su espada
« Le vi soltar, sus armas yo le he visto
« Arrojar por los campos destrozadas;
« Tambien ví paladin noble y piadoso
« Que, buscándolas de una y otra parte,
« Cuelga á un pino estas armas, y con arte

« Forma un trofeo espléndido y pomposo.

« Mas, pronto, el mismo dia,
« La espada por el hijo de Agricano
« Arrebatada fué. Juzga tú mismo
« Del daño que causar debe al cristiano
« Durandarte sirviendo al paganismo.
« Con esta joya no contento el moro,
« Se apodera despues de Bridadoro.
« Ha pocos dias que, desnudo á Orlando
« Y fuera de razon hallé, corriendo,
« Los aires atronando
« De atroces gritos con el eco horrendo.
« Que loco está concluyo, y á fe mia
« Que, á poderlo dudar, lo dudaria.
« Vile luego, en extraño desafio
« Con Rodomonte, despeñarse al rio.
« A todo el que supongo que enemigo
« Suyo no es, refiero esta desgracia;
« Y entre tanto señor á quien la digo,
« Hallar espero alguno

« Que á este mal con solícita eficacia
« Pueda aplicar el bálsamo oportuno.
« ¡ Misero Orlando, cuán veloz á darte
« Auxilio volveria
« Si tu cuita supiera Bradamante! »

Así la bella Flordelis decia,
La bella Flordelis, que, enamorada
De Brandimarte, hácia Paris corria.
Su narracion siguiendo, la reyerfa
Por Gradaso y el tártaro trabada
Refiere, y cuenta el singular acaso
Por el cual, muerto el tártaro, la espada
Vino á parar á manos de Gradaso.

Tan extraño accidente
Reinaldo escucha, y cual se funde el hielo
Al contacto del sol, fundirse siente
Su corazon á impulsos de su duelo.
Mas tomando un partido sin tardanza,